

Las mejoras, cuando llegaron, lo hicieron demasiado tarde, y los pueblos fueron perdiendo industria y gente. Se fueron los políticos y se fueron sus conocidos. Tras ellos se llevaron a sus vecinos, que también querían prosperar.

No, la despoblación no es cosa de estos tiempos, a pesar de que en estos tiempos la sentimos mucho más que los pasados. La despoblación viene de antiguo. Nuestras gentes siempre buscaron la cercanía de pueblos o ciudades en los que poder salir adelante con mayor seguridad y comodidad. Los pueblos grandes se comieron a los pequeños, y los habitantes de aquellos pueblos pequeños terminaron aposentándose en los pueblos grandes que les ofrecían lo que en los propios no tuvieron.

La lista de despoblados en tierra de Guadalajara, desde el siglo XV a la actualidad es enorme. De los pequeños crecieron los grandes. También en tierras de Atienza, de donde desaparecieron decenas de ellos. Desde el mítico Vesperinas, cuyas tierras desnudas al viento de la historia legó la católica reina Isabel a los frailes franciscanos de Atienza y los frailes franciscanos vendieron al concejo, al no menos histórico de Iñesque, que junto a su derrotado castillo, a medio de andar entre Angón y Pálmaces todavía enseña el muñón de la piedra de sus casas, como lo muestra, como pendón que desafía al viento, al tiempo, a la historia y las gentes que la miran, la espadaña de la que fue iglesia de Morenglos, hoy despoblado al borde de una de esas carreteras que, sin duda, tuvieron más trasiego en tiempos pasados que en los presentes.

En muchas ocasiones habremos oído que desapareció Morenglos roído por las hormigas que horadaron el terreno; lo mismo que desapareció Canrayao, si es que existió, tras sus famosas bodas. Ya no está entre nosotros Sinforiano García Sanz para relatarnos la leyenda.

También desapareció Bretes, un poco más allá, bajo el manto de otra de esas leyendas que formaron parte del cotidiano vivir. La del bicho que se cayó al agua y...

Morenglos, como Bretes, al contrario que el desconocido Canrayao, sí que existió, y no lo devoraron las hormigas. Sus vecinos lo fueron dejando poco a poco, como a Iñesque, buscando la cercanía y seguridad de los pueblos de al lado.

